

TRAUMA MUDO – PULSIÓN DE MUERTE – CELOS TRÁGICOS

Alberto Loschi

Al dirigir nuestra atención sobre 'las figuras clínicas del mal' lo que primero se destaca es una cualidad del mismo que no encuentra parangón en el reino animal. La cultura segrega una barbarie que es específica de ésta. Freud ha dado una explicación cuando en "El malestar en la cultura" dice que ésta, obedeciendo el mandato de Eros, agrupa a los seres humanos en una masa estrechamente atada. Esta meta sólo puede alcanzarse al precio de una renuncia pulsional que desata la pulsión de agresión, agresión que al ser sofocada pasa a alimentar el superyó como sentimiento de culpa. De tal modo la meta que Eros impone a la cultura lleva a la vez a un refuerzo creciente de pulsión de muerte (1).

Esta dialéctica entre Eros y Tánatos está en la raíz de la cultura y, como lo afirma Freud, hace al mal-estar en la misma.

Podemos apoyarnos en este carácter general de lo humano para indagar, profundizando en su dinámica, las figuras clínicas del mal.

Como lo han señalado numerosos autores (Winnicott, Green y otros), el trauma psíquico temprano es un factor que parece dominante en estos cuadros. Otras veces, al no poder ubicar el factor traumático, se recurre al constitucional en el intento de darle forma a una explicación.

Encontramos que el estudio que hace Freud de la fantasía "Pegan a un niño" abre una importante puerta para adentrarnos en esta problemática. Seguiremos pues esa ruta, que Freud señaló como la más apropiada para el examen de "la génesis de las perversiones".

Como se sabe Freud investiga el desarrollo en sucesivas fases de la fantasía de flagelación, fantasía que ha acaparado un monto importante de la satisfacción libidinal del sujeto.

La misma se encuentra en ambos sexos y tanto en sujetos neuróticos como no neuróticos. Si bien el complejo de Edipo participa significativamente en su configuración, parece independiente de la neurosis y la relaciona con un desvío temprano del Edipo debido a "un factor constitucional o a un desarrollo prematuro de un componente sexual". Tal desviación no quedará aislada en la vida sexual del niño, *"sino que es acogida dentro de la trama de los procesos de desarrollo que son familiares para nosotros en su calidad de típicos -para no decir 'normales'-. Es referida al amor incestuoso de objeto, al complejo de Edipo del niño; surge primero sobre el terreno de este complejo y luego de ser quebrantado permanece, a menudo solitaria, como secuela de él, como heredera de su carga libidinosa y gravada con la conciencia de culpa que lleva adherida. La constitución sexual anormal ha mostrado en definitiva su poderío esforzando al complejo de Edipo en una dirección determinada y compeliéndolo a un fenómeno residual inhabitual"* (2).

La primera forma de esa fantasía, que tras un trabajo de análisis logra hacerse consciente, es: "mi padre pega a un niño que yo odio". Es muy precoz y resulta curioso que, dada su precocidad, se destaque en tal fantasía la ausencia de la madre; los que participan de ella son el padre, el sujeto (femenino) y un hermanito (las fases de esta fantasía en el varón son distintas pero no nos ocuparemos de ellas porque no hacen a lo central de lo que queremos desarrollar). Lo que sí nos parece de gran importancia es la aseveración de Freud en cuanto a que esa fantasía no es aún sexual ni sádica aunque está hecha con la materia de la que lo sexual y sádico proviene. Esta aclaración es sustancial porque sugiere una raíz no sexual –el odio- que se agregaría al Edipo. Freud adjudica esa raíz de odio a los celos. Aunque no lo dice en este artículo -sí lo destacará en "El problema económico del masoquismo"- ese odio corresponde a una precoz defusión de pulsión de muerte, que será responsable de determinadas prevalencias en la evolución del sujeto (3).

La segunda forma de la fantasía (inconsciente y que el análisis debe construir) es "yo soy azotado por el padre". Ésta conlleva el deseo edípico de la niña y ya sí es sexual. Lo sexual ha venido a ligarse a la pulsión agresiva que dominaba en la primera forma y, volviendo sobre la persona propia en una torsión narcisista, se hace masoquista; cobra el sentido de ser objeto del deseo del padre: "soy azotado" sustituye a "soy amado". La agresión vuelta sobre sí mismo es ahora culpa. El masoquismo, como lo define Freud en este artículo, es "una conjunción

de conciencia de culpa y erotismo”, también podríamos decir de pulsión de muerte y erotismo.

En la tercera forma, ya conciente, el que pega no es el padre sino una autoridad, el sujeto desaparece y es sustituido por ‘niños’ azotados. Esta fantasía, cuya forma es sádica pero su meta masoquista, acapara para sí un monto importante de satisfacción sexual que queda ligada al masoquismo y, sustraída del resto de la vida sexual del sujeto, se hace heredera de la carga libidinal del Edipo.

En las vicisitudes del despliegue de esta fantasía se hace patente el desvío de su curso típico que sufre el desarrollo edípico. Cabe interrogarse qué interviene en tal desvío.

La clave está en la primera forma de la fantasía. De ella podemos apuntar las siguientes notas: es muy precoz, Lacan dice que con ella *“estamos antes del Edipo y, sin embargo, el padre está presente”* (4). Es triangular, pero el triángulo no se establece entre el niño, la madre y el padre sino entre el sujeto, el padre y un hermanito; llama la atención la ausencia de la madre. Si en los momentos precoces del Edipo domina el amor a la madre tanto en el niño como en la niña, acá lo sustantivo es el odio –“mi padre pega al niño que yo odio”-. Freud la hace depender de celos primitivos y el sentido de que sea el padre quién pega es: “mi padre no lo ama”. Hay humillación y ruptura de la relación de amor para el que es pegado, que el otro no sea amado quiere decir que es anulado en su condición de sujeto.

Resulta claro que lo que determina el desvío antedicho en este momento ultra precoz del Edipo es la prevalencia del odio sobre el amor.

Demos pues el siguiente paso en esa dirección e interroguémonos sobre qué suscita ese odio.

En la consideración que Lacan hace de esta fantasía plantea que la primitiva relación con la madre *"no está hecha simplemente de satisfacciones y frustraciones"*, señala como central para el niño *"el descubrimiento de aquello que es el objeto de su deseo (el de la madre)"* (4). Ese lugar del deseo de la madre, que el niño está llamado a ocupar y simbolizar, es lo que está en juego en ese momento precoz en que surge la primera versión de la fantasía. Lacan dice que el niño *"se enfrenta con el lugar imaginario donde se sitúa el deseo de la madre, y ese lugar está ocupado"* (4). Freud dice que está ocupado por un hermanito, puede ser también por un aborto o un hermano muerto. La presencia de ese 'otro' suscita la emergencia de mociones violentas y dolorosas que son las que le darán su cualidad característica al afecto celos. Podemos hablar para referirnos a estas mociones de 'celos primitivos'.

De estos 'celos primitivos' brota la pulsión de agresión, que determina que se entre al Edipo por la vía del odio y no la del amor. Dice Freud *"Una conciencia de culpa nace también de un amor insatisfecho. Como un odio"*. Odio ante la insatisfacción amorosa.

El caso es que lo que subyace como algo mudo tras la fantasía es que el necesario lazo primitivo de amor y deseo entre el niño y la madre está roto o no

se establece. Los celos primitivos que esto provoca caben distinguirse de aquellos que se suscitan inevitablemente en el desarrollo edípico a posteriori de ya haberse constituido el lazo de amor y deseo.

Ese lazo de amor es el lugar donde el sujeto empieza a ser, es lo que otorga un fundamental signo de existencia, de 'ser en el mundo' y estar sostenido en ese mundo por tal lazo (6). Cuando luego, en las vicisitudes del Edipo, se sufre el inevitable desengaño, el sujeto ya está ahí para vivirlo y cuenta con ese amor que, aunque herido por los celos, lo hace ser.

Distinto es el caso cuando tal lazo de amor no se constituye o se rompe precozmente, el fundamental signo de existencia que hace ser no logra constituirse y en su lugar el sujeto se identifica con un desecho, con algo caído del mundo de la madre. Parafraseando a Winnicott podemos decir que tal trauma no es vivido porque no hay allí alguien que lo viva (8). Corresponde a algo que debiendo haber sido, es no acontecido; un trauma mudo. Trauma que subyace encriptado tras la fantasía "Pegan a un niño".

El Trauma Mudo

Lo que Freud teoriza como "huella mnémica de la experiencia de satisfacción" tiene que ver con lo que estamos diciendo. La tensión de necesidad, reacción a lo que más tarde postulará como irrupción de pulsión de muerte, encuentra el objeto madre que la satisface. Tal experiencia de satisfacción deja una huella,

una imagen en la que se asienta el deseo y que da un primer signo de identidad al yo, que se identifica a esa imagen –el yo placer-(6). El aporte libidinal del objeto madre liga la irrupción de pulsión de muerte –alivio de la tensión de necesidad, dirá Freud- y suscita una vivencia de ser, de ser en el mundo y ser para alguien –la satisfacción-.

Winnicott describe con bellas palabras este momento. Dice que el bebé al mirar los ojos de la madre se ve a él mismo. Ve su imagen de ser. Lacan lo teorizará con el estadio del espejo, donde aparece, acompañada de júbilo, la imagen en la que precipita el yo.

En relación a lo dicho postulamos como trauma mudo el caso en que ese lugar imaginario, el lugar de esa imagen, aparece ocupado, imposibilitando el poder simbolizarlo. Decir simbolizarlo es otro modo de aludir a la ligadura que el aporte libidinal logra con la pulsión de muerte.

Este aislamiento precoz de pulsión de muerte que suscita el trauma mudo sigue el destino de lo que Freud explica en “El problema económico del masoquismo”: ligarse en el interior como masoquismo erógeno primario y/o ser desviado al exterior como pulsión de destrucción (3).

Esto es lo que acontece en el primer estadio de la fantasía “Pegan a un niño”. Hay una defusión precoz de pulsión de muerte que se emplea en la destitución del otro. Si el otro es destituido puede lograrse un signo de existencia, pero por la vía de la pulsión de destrucción. No es el amor sino el odio en este caso lo que daría ese signo de existencia.

La vía del odio protege del trauma mudo y bloquea el camino del amor.

La frase "soy amado" ya no puede constituirse porque, de llegar a constituirse, amenazaría con hacer presente y activar el trauma mudo. Hay una inversión por la cual los signos del amor convocan la actualización del trauma, con la emergencia de intolerables e inelaborables celos primitivos, celos trágicos.

Al no haber logrado constituir ese signo de existencia que da el amor y el deseo, no poder ubicarse en esa imagen, el que es amado siempre es 'otro'.

En consecuencia, la frase "mi madre me ama", con la cual podría entrarse en el Edipo, no se configura y en su lugar Freud construye la que sería la segunda forma de la fantasía, la que nunca fue conciente: "mi padre me pega". Es sustituida la madre por el padre (sustitución ya presente en el primer estadio de la fantasía) y el amor por ser pegado.

El masoquismo implica la destrucción de cualquier realización en la que el amor esté involucrado (7). La posibilidad de amor representa un peligro en tanto amenaza despertar el trauma mudo, mientras que el masoquismo es una defensa del mismo.

Reparemos que para el desarrollo de esta fantasía en sus tres fases es condición que un monto importante de la sexualidad edípica se emplee en ligar la pulsión de destrucción. Lo que dará una dirección particular al Edipo y, tras su declinación, dejará como secuela residual la constitución sado-masoquista.

La existencia de esta fantasía nos muestra que una ligazón, aunque secundaria y preñada de consecuencias, ha sido posible. Mas, si esta tampoco ha sido posible

o falla en su organización defensiva, ya no tendremos la fantasía sino la derivación a la acción. La acción destructiva ocupa el lugar de la fantasía no lograda o desanudada de su ligazón erótica (5).

Esto ocurre cuando alguna vicisitud, que puede ser el mismo análisis como ocurre en algún caso de reacción terapéutica negativa, activa el trauma mudo que quedó encriptado en la constitución masoquista. La salida sin suficiente elaboración del masoquismo conlleva el riesgo cierto de una eclosión de destructividad, como manifestación de los celos primitivos que anidan en el trauma mudo. Por la desligazón erótica la fantasía es sustituida por la derivación a la acción.

Como ilustración de lo dicho resulta sugerente, por la similitud que guardan con la forma final de la fantasía, los recientes casos de asesinatos masivos en colegios. Los sujetos de tales asesinatos habían sido alumnos burlados, humillados o ignorados y excluidos por sus compañeros, lo que denota una estructura masoquista. En un momento dado se da un quiebre y acontece la tragedia con la irrupción de destructividad asesina -homicidios y suicidio- logrando con la propia muerte un signo de existencia.

Es significativa la frase que dejó escrita el último de estos asesinos: *"Siempre fui un pedazo de mierda, ahora voy a ser famoso"*.

